Palabras del Presidente de la Junta Directiva de Fedepalma

Words spoken by the President of the Fedepalma Board of Directors

César de Hart Vengoechea 1

RESUMEN

En su intervención, el Dr. De Hart se refirió al momento por el que atraviesa el sector palmero en Colombia. Manifestó la imperiosa necesidad de una revolución de mentalidad y de actitudes para superar la pobreza y las desigualdades, aprovechando bondades como las que ofrece un sector como el palmero. Sostiene que el sofisma que ha conducido al fracaso de la reforma agraria es que se confunde el instrumento con el objetivo. El objetivo es la redistribución del ingreso y el instrumento la reforma agraria. La unidad de análisis debe ser la distribución y generación del ingreso, la producción y su organización, la generación de empleo y la inversión productiva. Sin desconocer el apoyo que el Gobierno ha ofrecido al sector a través del Incentivo a la Capitalización Rural, afirma que éste no le permite acceso a quien no se endeuda y aporta su propio capital, lo cual desincentiva la capitalización y fija topes muy bajos de cuantía y tamaño de los proyectos. El diseño de una política de desarrollo rural y campesino es perfectamente compatible con la promoción de la empresa agrícola moderna. El impulso a la empresa agrícola no se contrapone a la generación del ingreso rural, máxime cuando se enfrentan retos en materia de eficiencia y competitividad que requieren del aprovechamiento de las economías de escala. El postulado del fortalecimiento de una agricultura más competitiva pone en evidencia la urgencia de insertar la economía campesina dentro de la agricultura empresarial. A pesar de todas estas dificultades, el sector palmicultor constituye un ejemplo de superación sectorial.

SUMMARY

In his participation, Dr. De Hart referred to the moment that the palm sector is experiencing in Colombia. He manifested the imperative necessity of a mentality and attitude revolution in order to overcome poverty and inequalities, taking advantage of kindness such as the one offered by a sector such as the palm. He maintains that the sophism which has led to the failure of the agrarian reform is that the instrument is confused with the objective. The objective is the redistribution of the income and the instrument is the agrarian reform. The analysis unit should be the distribution and generation of the income, the production and its organization, the generation of employment and productive investment. Without ignoring the support that the Government has offered the sector through the Incentive to Rural Capitalization, he affirms that this incentive does not permit access to anyone who does not go into debt and contributes his won capital, which disincentivates capitalization and fixes very low limits as far as the quantity and the size of the project. The design of a rural and native development policy is perfectly compatible with the promotion of the modern agricultural enterprise. The impulse to the agricultural enterprise does not contradict the generation of the rural income, most of all when facing challenges on the subject of efficiency and competitiveness which require taking advantage of economies of scale. The basic principle of strengthening a more competitive agriculture shows the urgency of inserting the native economy within commercial agriculture. Despite all of these difficulties, the palm growing sector constitutes an example of sectorial improvement.

Palabras claves: Política económica. Palma de aceite.

1 Discurso del Presidente de la Junta Directiva de Fedepalma, en el Acto de Instalación de la XIII Conferencia Internacional sobre Palma de Aceite. Cartagena, 6 de septiembre de 2000.

En nombre de Fedepalma, de su Junta Directiva y de todo el sector palmicultor colombiano quiero manifestar que nos sentimos muy honrados de contar con la presencia de amigos y colegas provenientes de Malasia, Tailandia, Inglaterra, Alemania, Italia, Bélgica, Brasil, Francia, Venezuela, Ecuador, Perú, Costa Rica, México, Guatemala y Honduras.

Sea esta la oportunidad para reafirmar nuestros lazos de amistad y nuestras relaciones empresariales y técnicas. No hay lugar más propicio que Cartagena para desprendernos de las preocupaciones cotidianas y entregarnos a la proyección de la palma de aceite.

Particularmente agradecemos la presencia del doctor Juan Carlos Echeverry, Director Nacional de Planeación, y del Embajador de Colombia en Malasia, doctor Arturo Infante Villareal, quien ha demostrado el trabajo que un embajador puede hacer por su país y a quien consideramos como representante en Malasia de nuestro sector.

El tema de la Conferencia, "Competitividad y Prospectiva", invita a un ejercicio analítico para identificar los factores que inciden sobre nuestra competitividad, para definir sobre cuáles de estos podemos ejercer control y, por último, para definir las estrategias o formas más apropiadas de hacerlo.

A su vez, algunos de estos factores y los procedimientos para manejarlos son eminentemente técnicos. Otros se relacionan con el entorno general que rodea a nuestra actividad. Unos son de carácter macro, otros sub-sectorial y otros microempresarial. Pasar por alto cualquiera de estos frentes sería una miopía que conduciría al fracaso.

El trabajo que desarrollaremos durante los próximos dos días, en general está orientado al estudio de las variables relacionadas directamente con nuestra actividad, concretamente en las áreas técnicas, de investigación, operacionales y comerciales.

En esta presentación tengo la aspiración de suscitar su reflexión sobre otros temas aparentemente más distantes de nuestro diario vivir,

pero que no por ello dejan de afectar y definir plenamente nuestra competitividad.

En general, me voy a referir al caso colombiano, pero no dudo que nuestros visitantes encontrarán muchas analogías o por lo menos puntos de referencia con lo que sucede en sus países.

Desde luego que el empresario debe concentrarse prioritariamente en las variables bajo su control, pero sería una ingenuidad suponer que una mayor eficiencia del productor y unos limitados instrumentos de política sectorial compensen los subsidios, apoyos, protecciones, tecnología, las bondades de las economías de escala y de la estructura general de los países desarrollados. A esto agreguemos el lastre de la inseguridad, los costos inherentes a las medidas ambientales, la deficiente infraestructura del país y el efecto de la política macroeconómica, como fue el daño irreparable causado al sector agropecuario durante la administración Gaviria, no tanto por la apertura económica, sino porque se utilizó una moneda revaluada aprovechando una depresión de las cotizaciones internacionales para reducir la inflación por cuenta del sector productivo, particularmente el agropecuario. Esta política fue respaldada con lujo de detalles por la Junta Directiva del Banco de la República que insistió, en los últimos tiempos, en defender la tasa de cambio con intereses altos, práctica que constituye un daño fundamental al sector productivo. Estos ejemplos no corresponden exclusivamente al acontecer colombiano. Sorprende la reincidencia en estos errores por cuenta del dogmatismo intelectual de los economistas que han dirigido estas políticas en muchos países.

En el caso colombiano efectivamente es imperiosa una revolución. Pero no la que nos plantea la guerrilla. Se requiere de una revolución de la mentalidad y de las actitudes para lograr superar la pobreza y las desigualdades, aprovechando las bondades de sectores, de los cuales la palma de aceite es una magnífica opción. Esto requiere de unas condiciones generales propicias a su desarrollo.

La palma de aceite, en cualquier país con condiciones apropiadas para su cultivo, es por

excelencia un instrumento social para el progreso económico y el equilibrio político y el urbano-rural, lo que justifica que el campo sea objeto de prioritarias estrategias con categoría de políticas de estado. No entenderlo, linda en la extrema torpeza.

Llama poderosamente la atención que todos los protagonistas del debate sobre política agropecuaria, incluido el Gobierno, están de acuerdo en que la atención que un sector reciba debe estar intimamente ligada a su valor agregado; sin embargo, las políticas se dividieron según el grado de elaboración. Este es un sesgo antiagrario inaceptable que debe ser corregido.

El concepto de grado de evaluación enfocado de esta manera riñe con el de valor agregado. Significa que no se tiene en cuenta el valor agregado de cada etapa de la cadena agroindustrial sino el valor agregado acumulado. Esto es una discriminación, sin fundamento, contra el sector agropecuario y a favor de la industria procesadora. Una mayor contribución al valor agregado, por esa vía, da atención a un sector que no depende de su aporte sino de su ubicación en la cadena. De esta manera la industria procesadora recibe los meritos de los esfuerzos del sector privado.

El factor impulsador de una economía y del progreso es la iniciativa privada. Ahí está la clave. Ese fue el gran descubrimiento de los Estados Unidos de América. El término "entrepreneur" lastimosamente no tiene traducción al español, seguramente porque no hemos entendido el potencial del aporte de ese empresario privado, cuando a su iniciativa y su afán de logro se le acompaña con políticas de estado y con el reconocimiento de la sociedad. En los Estados Unidos y otras latitudes se le rinde culto. Se le eleva a un pedestal. Es la piedra angular del desarrollo superior de ese país, la base del sueño americano, del éxito, de su prosperidad. Es que la iniciativa privada va de la mano de la competitividad y hay que apoyarla con entusiasmo y convicción. Aquí, donde tanto necesitamos de su concurso, se le desdeña y discrimina, lo que precisamente de manera paradójica condena a los más necesitados, cerca de 15 millones de colombianos que viven por debajo de la línea de pobreza según el DANE, a permanecer en estado de postración.

Es como si no se establecieran las relaciones de causa y efecto de fenómenos sociales y económicos cuando se abordan temas como el de la distribución del ingreso de la población. La reforma agraria de Colombia es un magnífico ejemplo sobre el particular. En las más altas esferas intelectuales se insiste en las mismas estrategias de prueba y error.

En lo sectorial, se han perdido décadas insistiendo en una reforma agraria centrada sobre la noción de propiedad y no sobre la estructura productiva y sobre su organización. Se ha garantizado el fracaso acentuando la acción sobre la distribución de tierras.

En ese fracaso ha tenido mucho que ver el discurso de la lucha de clases y cómo éste ha penetrado las esferas y las políticas oficiales. Se ha establecido el axioma de que el progreso empresarial del campo perjudica al campesino, como si el progreso de ambos fuera excluyente, y aún más, como si no fueran mutuamente complementarios y necesarios.

El populismo ha conducido a que al pequeño productor o al campesino se le prive del acceso a la tecnología, a la organización, a la capacidad de gestión, al acceso a los mercados, a la institucionalidad, a la formalidad. Hemos caído en esquemas campesinistas con esfuerzos focalizados con altas dosis de asistencialismo que impiden el logro de avances en materia de competitividad y el aprovechamiento de las economías de escala.

Se ha querido diseñar un modelo excluyente y demagógico que estigmatiza a la organización empresarial.

Hay que abandonar la demagogia y el populismo con el campo. La frase insigne de la lucha de clases: "La tierra es para el que la trabaja", automáticamente convierte en vil explotador a quien genera empleo en el campo. Excluye y rechaza la generación de empleo.

Es un hecho que padecemos de niveles de pobreza, de desigualdades, de inequidad, de privilegios; aspectos que son inaceptables, y que enfrentamos el reto de superarlos.

Es que si la iniciativa privada, el "entrepreneur", es el que genera el progreso y el desarrollo, entonces es necesario crear las condiciones para que éstos se multipliquen, darle los incentivos. En la medida en que este florezca se presentará una redistribución del ingreso y el pobre superará su marginalidad.

El sofisma que ha conducido al fracaso de la reforma agraria es que se parte del objetivo de la redistribución de la tierra para redistribuir el ingreso, confundiendo el instrumento con el objetivo. El objetivo es la redistribución del ingreso. La reforma agraria es un instrumento. Pero hay otros instrumentos. Y en medio de la confusión conceptual, esos otros no han recibido la atención que merecen, y, obviamente, la redistribución de la tierra tampoco se ha enfocado acertadamente al recibir tratamiento de objetivo y no de instrumento.

La unidad de análisis no debe ser la tierra, debe ser la distribución y generación del ingreso, la producción y su organización, la generación de empleo, la inversión productiva y no especulativa. Es necesario apoyar al "entrepreneur", que asume sus propios riesgos, que es consciente de que hay una relación entre su suerte y lo que él haga, que formaliza su actividad, que paga impuestos, que cumple con la ley, que ofrece empleos, que fortalece las instituciones, que no es una carga para la sociedad sino que aporta. Aquí todo conspira contra ese elemento de la sociedad tan necesario para el progreso. Hay que romper estos paradigmas a los que los sentimientos de culpa nos amarran.

Y por esa vía llegamos a las contradicciones de abrirnos a la apertura económica y globalización de los mercados, sin modificar los esquemas mentales que nos permitan enfrentar esos retos y oportunidades, que entre otras cosas, exigen acometer proyectos de gran escala que no se pueden emprender con políticas con tintes asistencialistas que riñen con esos propósitos.

Sin desconocer el apoyo que el Gobierno ha ofrecido a nuestro sector a través del Incentivo a la Capitalización Rural, debemos afirmar que éste adolece de unas condiciones que son un buen ejemplo de nuestras afirmaciones: no le permite

acceso a quien no se endeuda y aporta su propio capital. Paradójicamente esto desincentiva la capitalización; igualmente, fija topes muy bajos de cuantía y tamaño de los proyectos.

Entendemos la justificación de estas reglas a la luz de las limitaciones presupuestales, pero es que también se percibe un dañino sesgo asistencialista en la política oficial. Afortunadamente, el doctor Jaime Ruiz ha sido receptivo a luchar por el cambio de esos enfoques.

No se trata de discriminar contra el pequeño o el campesino. Se trata de incrustarlo en la organización y cultura empresarial ofreciéndole acceso a la tecnología, a los mercados, a la institucionalidad, a la formalidad. Es que no deben darse señales equivocadas y desestimulantes a la inversión productiva y organizada, aunque esta sea de gran escala. ¿O es que acaso no queremos atraer inversión productiva?

El diseño de una política de desarrollo rural y campesino es perfectamente compatible con la promoción de la empresa agrícola moderna. El impulso a la empresa agrícola no se contrapone a la generación del ingreso rural, máxime cuando enfrentamos formidables retos en materia de eficiencia y competitividad que requieren del aprovechamiento de las economías de escala. Lo contrario es eternizar la informalidad y la marginalidad de amplios núcleos de la sociedad rural.

El postulado del fortalecimiento de una agricultura más competitiva pone en evidencia la urgencia de insertar la economía campesina dentro de la agricultura empresarial.

Estas contradicciones deben ser tenidas muy en cuenta en el diseño de alianzas para el desarrollo de los cultivos de palma de aceite.

La positiva relación entre la empresa agrícola, el empleo y el ingreso rural ha sido subestimada con proceder populistas. A la empresa agrícola se le niega el apoyo y el reconocimiento con el doble argumento de que los más pobres del campo no son sus trabajadores y con el cargo de la concentración de riqueza. Es que por definición, los más pobres del campo no son los trabajadores de la empresa agrícola, sencillamente

porque tienen un buen ingreso. ¿No indica esto que el apoyo de la figura de la empresa agrícola contribuye a reducir la pobreza?

En cuanto a la concentración de la riqueza, cabe preguntarse si los grandes grupos económicos del país basan su riqueza en la tierra. ¿El agudo proceso de concentración de riqueza de los últimos años a quién ha beneficiado, a los productores del campo o a ciertos grupos privilegiados de otros sectores de la economía?

Indiscutiblemente, donde quiera que se abuse del trabajador del campo, que no se cumpla con la función social del empresario, que se presente concentración improductiva de la tierra o especulación con su valorización, se deben emprender políticas agresivas de redistribución de la tierra. Pero igualmente, para ser consistentes, al que cumpla con sus obligaciones sociales y legales se le debe dar el reconocimiento, el estímulo y las garantías a sus inversiones productivas sin limitaciones de ninguna naturaleza, sean estas cualitativas o cuantitativas.

Estas reflexiones no pretenden constituir una crítica a nuestro Gobierno ni a la política oficial porque no sería justo. Es un cuestionamiento a una consuetudinaria mentalidad de académicos, técnicos, analistas, economistas, políticos, empresarios de otros sectores de la economía, y desde luego también, de la burocracia oficial. El cambio de esa mentalidad, que nos condena al fracaso, es una batalla que tenemos que ganar.

Y es una batalla de fondo. A esta situación no se ha llegado de manera aleatoria ni casual, ni desprevenida, ni inocente. Es que el sistema democrático, capitalista, de libre mercado, se basa en el principio de igualdad de oportunidades, pero también en la libertad de desarrollar la iniciativa individual y privada, origen de la prosperidad general y de la competitividad. Es que si al individuo se le castra el ánimo y el ambiente propicio para sobresalir, automáticamente desaparece el espíritu competitivo. Al Estado, por su parte, le corresponde vigilar e impedir los excesos y atropellos.

La ideología comunista, consciente de que la iniciativa privada es el motor, el corazón del

capitalismo, por todos los medios la debilita y la estrangula, especialmente en las zonas rurales, epicentro y cuna de sus brazos armados. Y nuestros técnicos, empresarios, economistas, políticos, y la opinión en general, le hacen el juego.

Este es el punto central, el nudo gordiano que impide el desarrollo del campo. Y nos disfrazan la obstaculización de la iniciativa privada con propuestas de aparente sensibilidad social que en la realidad impiden el progreso. De manera que se trata de una confrontación ideológica.

Esta reflexión no debía tener cabida en el año 2000, pero no por ello deja de ser cierta.

Sin timideces hay que crear una cultura de admiración al logro, al trabajo limpio, a la iniciativa privada.

Estos temas son de gran importancia si queremos impulsar grandes desarrollos que atraigan la inversión tanto extranjera como nacional. Particularmente en el caso de la palma de aceite que por excelencia forma parte de la agricultura empresarial. La inversión extranjera es atractiva tanto por el capital fresco como porque viene acompañada de tecnología y conocimientos. Bienvenida. Pero queremos advertir que la inversión nacional debe ser protegida como algo precioso, precisamente por ser muy limitada y por su alto grado de compromiso y permanencia.

Sería deshonesto e ingenuo de nuestra parte soslayar la compleja problemática colombiana que afecta la tranquilidad ciudadana con la explosiva mezcla de narcotráfico, guerrilla y delincuencia, paramilitarismo y autodefensas, factores éstos que se interrelacionan unos con otros.

Somos conscientes de que en Colombia, como en muchos de los países del mundo, existen desigualdades, inequidades y pobreza que exigen toda nuestra dedicación con el propósito de superarlas. Como la mayoría de los colombianos, quisiéramos encontrar una solución negociada al conflicto armado. Pero realmente existen serios motivos para ser escépticos de la sinceridad de una guerrilla comunista y anacrónica que

parece tener la búsqueda del poder como único objetivo y que perdió desde hace mucho tiempo el sendero acorde con el discurso reivindicativo de las desigualdades sociales. Es hora de que nos preguntemos hasta qué punto estamos dispuestos a arriesgar la democracia, la libertad, la iniciativa privada y los derechos individuales.

Principios que con firmeza se debían establecer como punto de partida en las negociaciones, exigiendo declaraciones expresas de la guerrilla en cuanto a su acatamiento. ¿O acaso no estamos dispuestos a luchar por unos ideales?

Respetuosamente queremos transmitirle al Gobierno nuestra preocupación por la incertidumbre que causa la indefinición de la eventual creación de la zona de encuentro en los municipios de San Pablo, Cantagallo y Yondó, ubicados en pleno Magdalena Medio, zona de importantes desarrollos de palma de aceite y donde Gobierno y sector privado hemos coincidido en que se debe promover la siembra de 50.000 hectáreas de palma de aceite. No se puede desconocer el factor de incertidumbre que esto representa.

En cuanto al narcotráfico y los nexos entre éste y la guerrilla, queremos destacar la visita del Presidente Clinton la semana anterior, lo que simboliza la aceptación de la corresponsabilidad por parte de los países consumidores. Éste es un primer paso que debe culminar en una estrategia, que además de la erradicación de esos cultivos, reactive agresivamente el campo colombiano mucho más allá de una simple sustitución

de los cultivos ilícitos. Es que sin bienestar en el campo no habrá paz en Colombia.

Es un hecho que en la medida en que el Plan Colombia sea exitoso en la erradicación de cultivos ilícitos, a la guerrilla se le disminuirán sus ingresos, lo que a su vez impulsará el secuestro por parte de ésta, que en 1999, de los 2.945 secuestros fue la causante de 1.531. Por lo tanto, el Plan Colombia debe contemplar la capacidad de someter a la guerrilla de una manera efectiva y contundente. Con este elemental argumento queda claro que el Plan Colombia no puede limitarse al ataque al narcotráfico. Los vasos comunicantes entre narcotráfico e insurgencia son muy claros. Es entonces evidente la contradicción de quienes critican el componente militar del Plan Colombia.

A pesar de todas estas dificultades, el sector palmicultor constituye un bello ejemplo de superación sectorial. Los avances en términos de producción de fruta por hectárea, de aumentos en la tasa de extracción, de control de plagas y enfermedades son significativos.

Hemos desarrollado valiosos instrumentos como el Fondo de Estabilización de Precios, el Fondo de Fomento Palmero, Cenipalma y C.I. Acepalma S.A.

Pero somos conscientes de que en materia de competitividad la principal tarea está por delante. De eso se trata esta conferencia. Estimulemos nuestra iniciativa.

Muchas gracias.